

ORNE

DRPS  
FA  
709

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500769797





CORNE

Ex Libris



Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0709

0500769797

LA VÍCTIMA

DE LA

**INQUISICION**

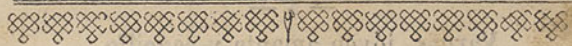
Ó SEA

HISTORIA DE LA DESGRACIADA

**CORNELIA BORORQUIA.**



BARCELONA.—1869.



## CORNELIA BORORQUIA

### LA VICTIMA DE LA INQUISICION.

Fué Cornelia nacida en Valencia, nobles padres le dieron la vida, enseñanza feliz y cumplida con temor y respeto al Señor.

De la misma ciudad era entonces apreciado su Padre en exceso, y á la hora de aqueste suceso se encontraba de Gobernador.

Visitaba del padre la casa del Altar un ministro malvado, que fingiéndose ser hombre honrado por amigo se hacia pasar.

Con hipócrita y falso talante, seducido tenia al anciano, y él rastrero, cruel y villano, abrigaba tan solo maldad.

Vargas, jóven amante y sencillo  
á Cornelia muy fino queria,  
tambien ella le correspondia  
con muy tierna y sencilla aficion.

Quién pudiera pensar el quebranto  
que aguardaba á los dos inocentes !  
que abrazados en llamas vehementes  
no tenian mas que un corazon.

A Sevilla marchóse el amante  
despidiéndose de la que adoraba,  
advirtiéndole que si allá marchaba  
volvería muy pronto feliz.

Quien pudiera decirle al mancebo  
que ya mas no veria á su amada,  
pues habia una hiena malvada,  
que trataba de hacerle infeliz.

Sedució el Arzobispo á un criado  
y cuatro hombres infame comprando,  
su proyecto consigue el nefando  
y á Cornelia se logran robar.

De su casa la sacan de noche  
y á Sevilla la llevan guardada,  
do la espera con alma malvada  
el feroz Arzobispo brutal.

Cuando tuvo el infame á Cornelia  
á su tan suspirada presencia,  
le contó de su amor la vehemencia  
y su loco y feróz frenesí.

Le promete mil bienes mundanos  
porque ceda á su loco desvio,  
y le dice, tu solo ángel mio  
desde hoy debes ser para mí.

Al mirarse la jóven sencilla  
frente á frente de aquel inhumano,  
como, dice, te atreves villano,  
á insultar mi virtud y mi honor.

Así pagas con fiera falsía  
de mi padre los muchos favores,  
por saciar tus impuros amores  
con la hija del Gobernador.

Si de humano te queda algun resto  
si tu alma no está pervertida,  
vuelve pronto la hija querida  
al amigo que fué siempre fiel.

Yo te juro guardar el secreto,  
aunque el padre me crea culpada  
restitúyale su hija adorada  
¡ ay ! te ruego no seas cruel.

Volverás de tu padre al regazo  
si tu juras Cornelia ser mia,  
pues te adoro con idolatría,  
pues te adoro con loca pasión.

Es tu amor para mí el Paraiso,  
tu desden para mí es un infierno,  
en mi pecho se halla el averno,  
sin tu amor perderé la razón.

A tus plantas me postro rendido  
¡ ven Cornelia mi amor á mis brazos !  
que mi pecho se parte en pedazos  
¡ me rechazas ! ¡ ingrata ! ¡ cruel !  
¿ Dí, no temes mi furor insano ?  
¿ dí, no temes mi furia ardorosa ?  
no te muestres ya mas desdeñosa  
¡ ay ! no quieras que sea cruel.

¿ Dí, no sabes que si me desdeñas  
desde aquí, al instante, hoy mismo;  
te sepulto en un hondo abismo,  
y te encierro en la *Inquisicion*.

¿ Dí, no temes los miles tormentos  
que te haré padecer si no cedes ?  
y encerrada entre cuatro paredes  
no tendré ya de tí compasión.

¡ Hombre vil, sacerdote inhumano !  
voráz lobo, y falso cordero,  
¿ dí no temes á Dios justiciero,  
aquel Dios de justicia y de paz ?

¡ Ay que tarde conocí tirano  
tu doblez, tu maldad, tu falsía,  
ay que tarde ví tu hipocresía  
lobo hambriento, feróz, pertináz.

Quando vió que aquel pecho de roca,  
no se rinde á su loca demanda;  
que se lleven á Cornelia manda  
y la encierren en la *Inquisicion*.

Los esbirros la llevan al punto,  
y la dejan ya bien encerrada,  
para ver si la pobre espantada  
rendiráse á su infame intencion.

Calabozo hediondo é inmundo  
aquel pecho virginal encierra,  
sin amparo de cielo ni tierra  
llora triste con hondo pesar.

Considera del padre querido  
el tormento cruel, penetrante,  
y del tierno y querido amante  
las angustias y fiero penar.



Una noche con grata sorpresa  
se presenta su amada Lucía,  
la sirvienta que un día tenía  
y que siempre profesó amor.

Le contó la infeliz sus pesares,  
condolida se ofrece bondosa,  
y así logra la hija amorosa  
á su padre escribir su dolor.



El infame Arzobispo no cesa  
en su amor infernal, ardoroso,  
y á buscarla en su calabozo  
á la triste Cornelia se va.

Allí impúdico su amor le declara,  
allí ruega para seducirla,  
allí vuelve el infame á oprimirla  
sin cesar maltratándola está.

Aquel padre amoroso que mira  
á su amada Cornelia perdida,  
de pesar y dolor ve su vida  
por momentos acabarse ya.

Los sollozos y penas le matan,  
y su vida por fin desfallece,  
y al morir al Señor su alma ofrece  
y á su hija que mas no verá.

Cuando supo la infausta noticia  
sin aliento Cornelia ha quedado,  
pues ya muerto su padre adorado  
¿quién la ampara en su triste horfandad?

Sus lamentos partieron las piedras  
de su inmundo y cruel calabozo,  
mas no parten al pecho alevoso  
que es la causa de tanta maldad.

No pudiendo el infame Arzobispo  
sujetar á su amor ardoroso,  
de Cornelia bajó al calabozo  
y le espone otra vez su intencion.

Mas resiste osada la jóven,  
y allí el Arzobispo inclemente  
hácia ella se va irreverente  
por saciar su indecente pasion.

Se resiste Cornelia furiosa  
del brutal Arzobispo malvado  
y un cuchillo que allí le han dejado  
en su mano vibra con valor.

Él insiste, y ella se defiende,  
él persiste cruel é inhumano,  
ella entonces levanta la mano  
y le asesta al vil seductor.

Moribundo á sus piés ha caido  
y entre ánsias y angustias de muerte,  
ya maldice el imbécil su suerte  
y ya pide socorro y favor.

A sus gritos acuden aprisa  
los esbirros con gentes armadas,  
y con voces medio entrecortadas  
quedan mudos de susto y horror.

Entre angustias y ansias mortales  
se arrodilla el Prelado inclemente,  
diz; Cornelia, es pura, inocente,  
y yo soy el culpable feróz.

Yo he causado la muerte á su padre,  
yo he causado su pena y congoja,  
yo queria seducir á la hermosa  
ya no tengo perdon ni de Dios.

Mas la vírgen tan púdica y bella  
perdonadle, le dice, Dios mio,  
perdonadle, Señor, su estravio  
cual lo hago yo de corazon.

Mas los viles verdugos la prenden,  
y la amarran con férreas cadenas,  
aumentando de nuevo sus penas  
pues en ellos no hay compasion.

Por cubrir al infame Arzobispo  
de ateista la acusan insanos,  
la condenan fieros inhumanos  
á la hoguera la pobre á espirar.

Ya la ponen la triste en capilla,  
donde frailes inmundos la acosan,  
y en hacerla padecer se gozan  
porque en ellos nunca hubo piedad.

Al marchar al cruel sacrificio  
y al mirar su divina hermosura,  
llora el pueblo con dulce ternura  
llora el pueblo y llora de pesar.

Mas los frailes inmundos le gritan  
es hereje, es perversa, es traidora,  
y la turba ignorante no llora  
y la insulta y la escupe á la par.

Llega al fin á la pira inclemente  
la acompaña su amada Lucia,  
la consuela en su triste agonía  
y ella clama, Dios mio ¡ perdon !

Ya la sientan á la ara cruenta,  
ya el verdugo la mecha prepara,  
ya la víctima se encuentra en el ara,  
¡ ya es la víctima de la *Inquisicion* !

## EXTRACTO

### DEL ÚLTIMO INTERROGATORIO

que se hizo á

# CORNELIA BORORQUIA.

*Escrito de su propio puño.*

*Inquisidor.*—Jurais decir verdad en todo cuanto se os va á preguntar?

*Cornelia.*—Sí, juro.

*Inq.*—De dónde sois?

*Cor.*—De Valencia.

*Inq.*—Quién es vuestro padre?

*Cor.*—El Gobernador de aquella ciudad.

*Inq.*—Cuánta edad teneis?

*Cor.*—Diez y nueve años.

*Inq.*—Por qué estais aquí?

*Cor.*—Por una impostura.

*Inq.*—Y quién es el autor de esta impostura?

*Cor.*—El Arzobispo de Sevilla.

*Inq.*—Qué blasfemia! Un Arzobispo...

*Cor.*—El mismo postrado á mis pies lo ha confesado de lante de todo el mundo á la hora de su muerte.

*Inq.*—Es verdad; pero entonces ya estaba sin conocimiento. Decidme pues, por qué estais aquí?

*Cor.*—Por lo dicho.

*Inq.*—Sin embargo, hay quien depone que no creéis en Dios.

*Cor.*—Este seria mi mayor desconsuelo en mi actual situacion: yo creo en Dios, y él es mi única esperanza. Pero, ¿quién es el que depone contra mi esa falsedad?

*Inq.*—Ya se os ha dicho varias veces que aquí no se dice á nadie quien es el acusador.

*Cor.*—Ese es un medio bien seguro de no averiguar jamás la verdad y de hacer padecer...

*Inq.*—Hablad con menos altivez: sois soberbia.

*Cor.*—La inocencia me infunde valor, pero no soberbia.

*Inq.*—Inocencia! y quién ha asesinado al desventurado Arzobispo?

*Cor.*—Yo misma, es cierto; pero el honor, la virtud...

*Inq.*—La virtud! las ateistas como vos no la conocen.

*Cor.*—Yo no soy ateista: soy cristiana católica; y en ello solo pongo toda mi mayor felicidad.

*Inq.*—Pues de qué conociais vos al Arzobispo?

*Cor.*—Mi padre era su íntimo amigo: habian estudiado juntos, y cuando su Hustrísima estaba en Valencia antes de ser Arzobispo, no salia de nuestra casa.

*Inq.*—Y cómo es posible que un hombre tan sábio, virtuoso y ejemplar, tuviera la debilidad de solicitaros?

*Cor.*—En mi baul se encontrarán todavía algunas cartas que me escribió últimamente, donde se deja conocer bien su ciega pasion.

*Inq.*—Y quién os daba pues esas cartas? por qué conducto las recibiais?

*Cor.*—Nuestro criado Perico era quien me las entregaba, pero no se de donde le venian. Sin embargo la letra, la firma del Arzobispo...

*Inq.*—No sigais, no sigais.

*Cor.*—Pues quién sino su Hustrísima me ha sacado de la casa paterna?

*Inq.*—Cómo puede ser que estando el Arzobispo en Sevilla, os sacara de Valencia?

*Cor.*—Yo no he dicho que él mismo en persona viniera á sacarme; él dió sus órdenes y se cumplieron.

*Inq.*—Eso es increíble. Y conocéis á D. Bartolomé Vargas?

*Cor.*—Le conozco muy particularmente.

*Inq.*—Y cuáles son las opiniones de este jóven?

*Cor.*—No las sé.

*Inq.*—Es ateista?

*Cor.*—Creo firmemente que no.

*Inq.*—No seais perjura.

*Cor.*—No tengo motivo para serlo.

*Inq.*—No ha hablado jamás delante de vos de Religion?

*Cor.*—Yo le he oido hablar varias veces con elogio, de la religion cristiana, pero detesta los abusos.

*Inq.*—Y cuáles son esos abusos?

*Cor.*—Yo no soy teóloga para poder retener en la memoria todo cuanto he oido.

*Inq.*—Y dónde para ahora ese caballero?

*Cor.*—Lo ignoro.

*Inq.*—Y quién os habia dado el cuchillo con que asesinasteis al Arzobispo?

*Cor.*—La casualidad.

*Inq.*—Y cómo fué esa casualidad?

*Cor.*—Cómo otras muchas que suceden.

*Inq.*—Sois culpable; volved, volved al instante al calabozo.

*Cor.*—Ignoro mi culpa, y Dios defenderá mi causa.

*Inq.*—No seas hipócrita: desapareced, desapareced al instante de nuestra presencia.

FIN.

